

La reacción antidemocrática

Londres, setiembre de 1923.

El golpe de estado español forma parte del movimiento de reacción en contra de la democracia que ha surgido después de la guerra. Comenzó con la revolución bolsheviki, se extendió sobre Italia, capturó a Bulgaria, y su última fase es la insurrección militar en España. De hecho, uno de los más notables resultados de la guerra ha sido la iniciación y la extensión de los movimientos en toda Europa que tienen un carácter fascista. En esencia, el bolshevismo y el fascismo constituyen rebelión contra los métodos parlamentarios de gobierno—o en otras palabras—contra el concepto democrático de gobierno. En algunos círculos va creciendo el descontento contra el parlamentarismo, por sus dilaciones, por su confusión de miras, por sus mezquindades, por sus costosas ineficiencias, por sus constantes fracasos para el logro de sus ideales. Los reformadores ardientes siempre resultan al fin desilusionados con el porcentaje de resultados que alcanza la democracia, en relación con el tonelaje de la oratoria empleada. La mayor parte de ellos se descorazonan por completo, y, o abandonan sus vanos esfuerzos, o recaen en un lánguido apoyo del programa convencional. Pero de cuando en cuando surge un hombre que se irrita, y haciendo brutalmente a un lado a los representantes designados por el pueblo, apela a la acción directa. Ese es el caso de Rusia. En otros círculos hay una desconfianza cada vez mayor de la democracia, por sus amenazas a los intereses y comodidades existentes, por su supuesta disposición a hacer concesiones poco cuerdas al clamor popular, por su repugnancia para gobernar con firmeza cuando el gobierno firme ofende temporalmente—y porque de hecho parece demasiado ansiosa de mostrarse complaciente. Esa fué la queja en Italia. Mussolini probablemente proclamará a César como a su prototipo, pero Cromwell fué el primer gran fascista moderno. Y si no, veamos la descripción que hace Carlyle de los procedimientos y del orgullo de ese hombre, y veremos cómo nos presenta la substancia misma del fascismo. Pinta ese escritor la forma en que Cromwell se presentó ante el Parlamento, en medio de una conflagración que parecía inacabable, y cómo con el sombrero puesto, pronunció un violentísimo discurso que nadie es capaz de repetir, diciendo entre otras cosas, mientras que con el pie golpeaba enfurecido el suelo, lo siguiente: «¡Cielos! no es ya conveniente que sigáis por más tiempo aquí, puesto que lleváis demasiado para el bien que habéis podido hacer a últimas fechas. Ahora debéis dejar el puesto a hombres mejores. Llamadlos», agregó dirigiéndose a Harrison con voz de mando; inmediatamente veinte o treinta rudos mosqueteros entraron con las armas cargadas, resueltos a obedecer las órdenes que se

les dieran y a barrer con la representación popular. Los rostros de aquellos hombres, envejecidos en la guerra, eran rostros de leones, y su robustez y su decisión no resultaron del agrado de los honorables caballeros allí congregados en aquel momento.

OTRO EJEMPLO DE OLIVERIO CROMWELL.

Allí tenéis toda la actitud fascista en este acto histórico del ejemplo moderno más grande de su tipo, de Oliverio Cromwell, descrito con simpatía por el más grande exponente y abogado de la doctrina, Thomas Carlyle. El presente movimiento no se inició en Italia, sino en Rusia, y el primer gran fascista de nuestros días no es Mussolini, sino Lenine, que fué el primero en substituir la fuerza a la elección popular en un Estado democrático. El bolshevismo no fué una rebelión dirigida en contra del czarismo y de los Grandes Duques rusos, sino que fué una revolución encaminada al derrocamiento de otra revolución que a su vez había ya derrocado al antiguo régimen. Rusia era una república, el Czar estaba prisionero, el último de los Grandes Duques supervivientes se hallaba ya en el destierro, las tierras de Rusia habían sido confiscadas y distribuidas entre los campesinos, antes de que Lenine se hiciera cargo del Gobierno, rebelándose contra el nuevo régimen parlamentario del que era jefe el socialista Kerensky, pues sólo sentía profundo desprecio por la catarata de retórica que estaba brotando de la primera revolución rusa. Una interminable oratoria que si nunca se congelaba, tampoco era por otra parte navegable. Nada llevaba consigo, ni nada alteraba; era sólo palabras. No podía combatir ni se sentía capaz de hacer la paz. Indudablemente aquel régimen tenía tras de sí una aplastante mayoría de representantes del pueblo ruso, debidamente electos. Pero Lenine sentía tan gran desprecio por la voluntad del pueblo, como el propio Mussolini. Por consiguiente, enroló a sus simpatizado-

Nada nuevo

Son cosas sabidas estas que yo llevo;
pero que es preciso decírlas de nuevo.

Pues después de todo, ¿qué es el viejo
| mundo?
Un canto profundo,
una estrofa trunca
que se canta siempre sin concluirse nunca.

A todas naciones en todas edades
se repiten siempre las mismas verdades.

R. ARÉVALO MARTÍNEZ

(El Imparcial, Guatemala).

res en un ejército que barrera al sistema parlamentario recientemente creado, substituyéndolo con un régimen al estilo del de Cromwell, basado en una fuerza organizada. Vino entonces el régimen de los santos armados del comunismo. El sistema soviético de elección es una farsa. Ningún hombre que se oponga al bolshevismo tiene la menor probabilidad de aparecer en la Asamblea Central. Lenine no trata de ocultar su opinión, según la cual el pueblo no está capacitado para gobernar, ni cree tampoco en la democracia, por lo que estranguló al experimento democrático, aún antes de que saliera de su cuna.

LO QUE ES EL BOLSHEVISMO.

El bolshevismo no es un gigantesco saqueo en contra de las clases propietarias para el beneficio del propietario miserable. Esa no es una definición completa, aunque sí lo sea exacta de sus doctrinas. Es todo eso, pero a la vez mucho más. Enseña al proletario a que lo sacrifique todo por el Estado bolsheviki, y sus adherentes sacrifican la vida, la comodidad y la libertad misma ante una mera indicación de los líderes soviéticos. Todos los cálculos erróneos que se han hecho con respecto del bolshevismo han emanado de no haberse reconocido este factor dominante en su composición. Es el mismo espíritu que ahora anima al fascismo en Italia, y mientras que prevalezca ese espíritu, el bolshevismo seguirá imperando en Rusia y el fascismo continuará gobernando en Italia. Pero ambos son funestos para el Gobierno democrático, pues tanto Lenine como Mussolini desprecian al parlamentarismo. La actitud bolsheviki hacia las instituciones democráticas, está expuesta de una manera inequívoca por Trotsky en su famosa respuesta a Knutsky, campeón del socialismo democrático: «La senda de las ideas socialistas, que es visible a través de todas las desviaciones y aun de todas las traiciones, no hace prever otro resultado sino éste: arrojar a un lado la democracia y reemplazarla por el mecanismo del proletariado, en el momento en que éste sea suficientemente fuerte para cumplir con tal empresa». Cita con aprobación esta opinión de Paul Lafarge sobre el gobierno parlamentario: «El parlamentarismo es un sistema de gobierno en el que el pueblo adquiere la ilusión de ser él mismo la fuerza que controla al país, cuando en realidad el poder efectivo se encuentra concentrado en manos de la burguesía, y ni siquiera de toda la burguesía, sino tan sólo de ciertas secciones de esa clase». Después de violentos ataques contra el régimen parlamentario como un instrumento de la burguesía, el célebre líder bolsheviki ruso cita al régimen soviético que se encuentra más íntima, recta y honestamente ligado con la mayoría del pueblo trabajador, diciendo que adquiere gran significación no al reflejar estáticamente una mayoría, sino al crearla dinámicamente.